

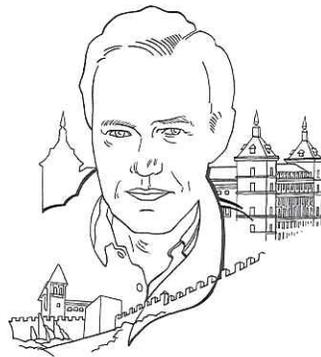
CIUDADES PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

ESPAÑA

El laberinto de Toledo

*"En el cuarto día de la creación Dios tomó el sol
y lo situó exactamente sobre Toledo".*

Rilke



GREGORIO MARAÑÓN BERTRÁN DE LIS

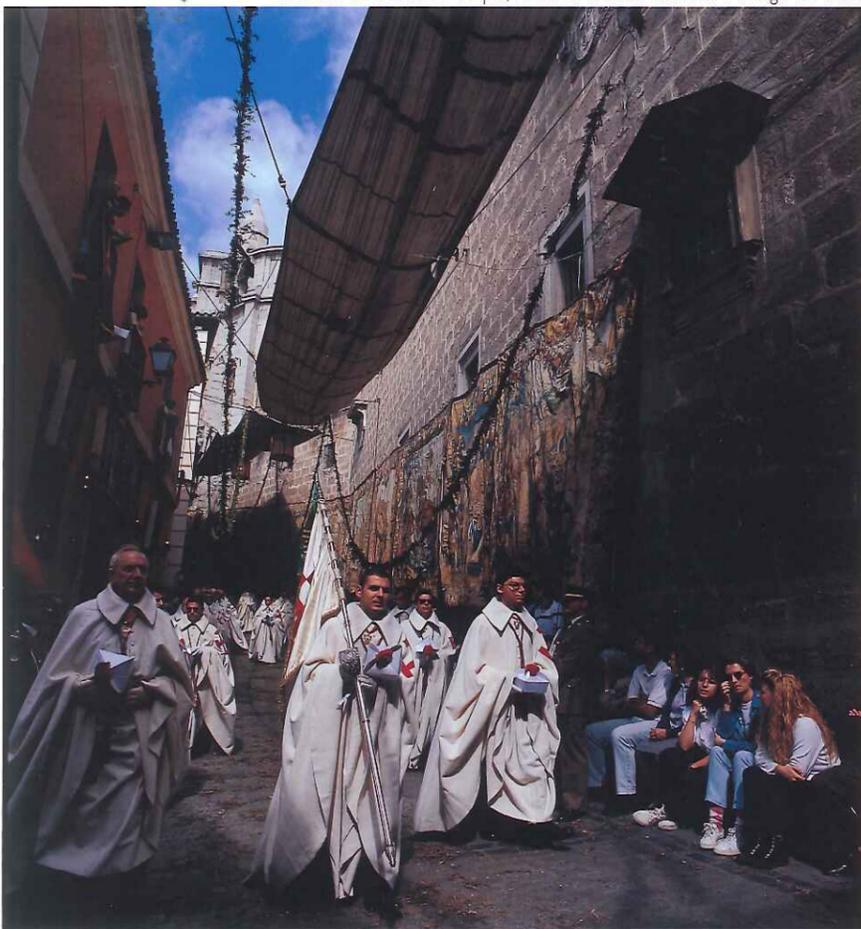
Toledo, esa isla rocosa de mediterraneidad en el seco mar de Castilla, es un laberinto en el que se entrecruzan culturas, historia, leyendas, arte. Como en todo laberinto, nuestros pasos se orientan al azar y por lo que el corazón nos inspira.

Encontramos entradas cerradas, nos extraviarnos en las encrucijadas, quedamos anclados en lo imprevisto, para que se nos desvelen, como en una aparición, los secretos de Toledo. Porque las austeras fachadas, los altos tapias, las celosías de astillados arabescos ocultan una ciudad mil veces amurallada, panal de patios medievales, claustros renacentistas, jardines frondosos y huertos fértiles, en donde los humildes zaguas sirven de pórtico a los más hermosos palacios orientales, adornados con tapices de yeserías, alfombras de azulejos, y artesonados de estrellas. En el recogido silencio de esta ciudad interior, sólo se escucha el cántico vibrante de los pájaros, el vuelo de las campanas, las voces espirituales de algún coro de clausura, el fluir sosegado de nuestro propio pensamiento.

Salimos una y otra vez del laberinto de Toledo, quedándose siempre algo nuestro dentro, para siempre retornar de nuevo, apasionados por descubrir su misterio, ese misterio que el conocimiento acerca y aleja al mismo tiempo, como un enigma mitológico.

La iniciación en el conocimiento de Toledo puede hacerse de infinitas maneras, y en momentos muy distintos. Es una experiencia, como el enamoramiento, de inefable y gozosa plenitud, que sólo precisa de un espíritu abierto al sublime reconocimiento del encuentro.

Cada calle en la fiesta del Corpus, se convierte en un ilusionado Domingo de Ramos.



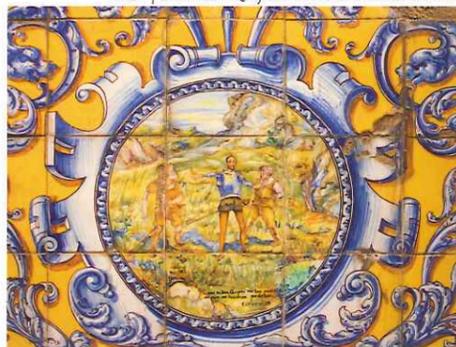
Escalera del Palacio de Fuensalida. En una de las habitaciones moriría la joven emperatriz Isabel, esposa de Carlos V en 1539.



Iglesia de Santa María la Blanca. <<

Puerta del Sol. La más gallarda y hermosa puerta que ha producido el mudéjar español.

Estampa de Don Quijote realizada sobre cerámica.



Toledo desde la terraza de un cigarral. "No hay calle con piedras mudas ni alto cigarral sin ecos".

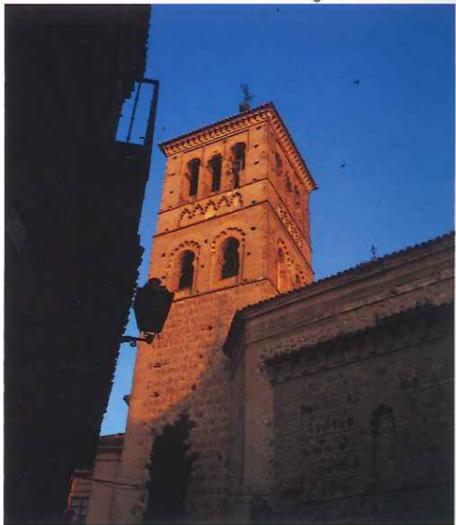
Góngora



Numerosos detalles en piedra jalonan los edificios toledanos.



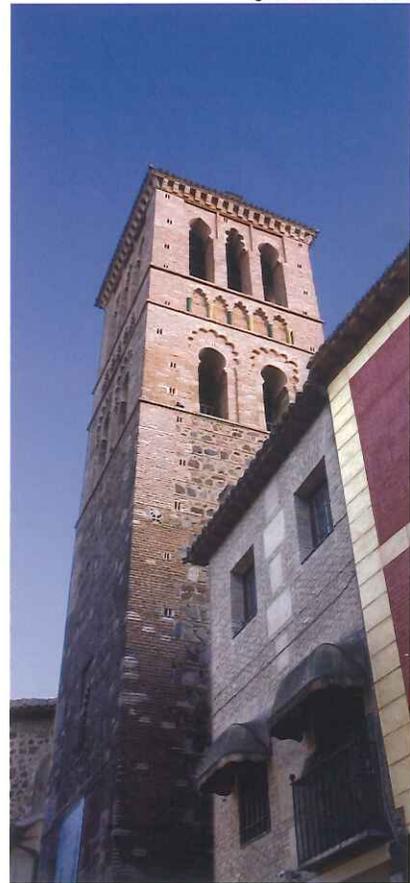
Torre de la iglesia de San Román.



Un camino fundamental es el que sigue las huellas de El Greco, para permitirnos contemplar sus obras en los mismos escenarios donde fueron colocadas por él, para entender el inaudible diálogo que durante cuatro siglos han mantenido estas obras de arte con su entorno inmutable. El cretense nos aproxima mejor que nadie, y mejor que nada, al alma profunda de la ciudad, porque fue el único capaz de descubrirla, amarla, y representarla. En su pintura se funden las formas y los colores del renacimiento italiano, la luminosa sensualidad del mediterráneo oriental, y el misticismo religioso y poético de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila, con quienes convivió en Toledo en 1577. En un fenómeno estelar el artista y la ciudad que le acogió se han vinculado esencialmente, ambos se pertenecen, se realizan y se explican en el otro, no se conciben aisladamente.

Con el recuerdo grabado de su Vista de Toledo, entre cielos negros de tormentas y alucinaciones, comenzamos la peregrinación con la visita del hospital de Afuera. Tras la perfecta armonía de su doble patio renacentista, y la sobrecogedora frialdad de su profunda cripta de resonancias mágicas, encontramos tres obras inolvidables de El Greco, entre otros muchos tesoros: el retrato espectral del Cardenal Tavera; el inmenso Bautismo de Cristo, poblado de figuras celestes de admirable trazo impresionista; y la bellísima escultura de un Cristo resucitado y desnudo en su esbozada sexualidad.

Toledo en tormenta en el Museo Metropolitano de Nueva York. Es uno de los primeros paisajes puros de la pintura española. Su identificación con Toledo es palpable. Toledo no está "vista" con ojos de artista sino de taumaturgo.



Interesante fachada del palacio de justicia.



Entramos en Toledo por la Puerta del Cambrón, para llegar al corazón de la judería. En la Casa de El Greco descubrimos absortos la Imagen, y el Plano que pintó de un Toledo hoy reconocible y asombrosamente cercano, con el Hospital de Afuera cabalgando sobre una nube de libertad artística.

Muy próxima, junto al Palacio de los Condes de Fuensalida, se encuentra la Iglesia mudéjar de Santo Tomé, cuyo párroco en el Siglo XVI pleiteó contra la villa de Orgaz reclamando un tributo anual de ocho pares de gallinas, dos carneros, dos cueros de vino, dos cargas de leña, y 800 maravedís. Habiendo ganado el juicio, encargó para festejarlo a El Greco un cuadro que representase el supuesto milagro ocurrido en el entierro del Señor de Orgaz, y el milagro se hizo en la obra realizada, verdadera cumbre de la pintura universal. Hay que verla huyendo del turismo organizado, en silencio y soledad, extasiándonos ante tanta riqueza formal y simbólica.

Puerta del Cambrón. Los documentos del siglo XII y XIII la llaman Bab al-Yahud o Puerta de los Judíos.

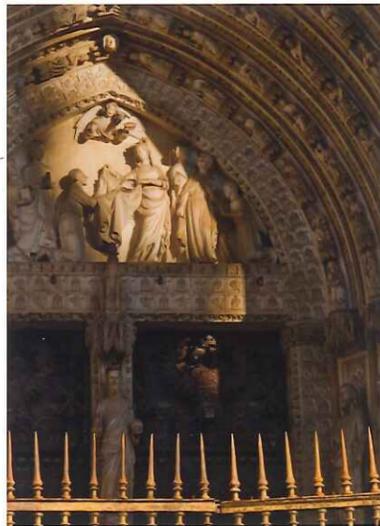
Bello trabajo en piedra sobre la fachada de la Catedral.



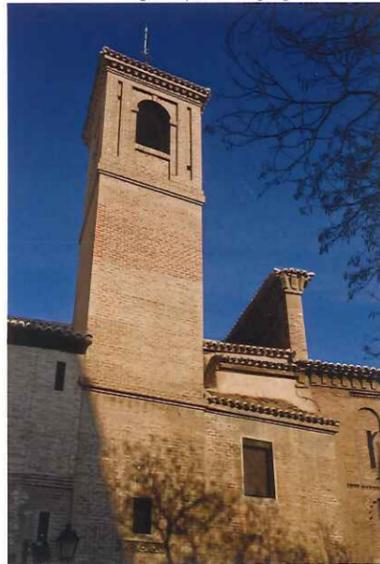
Entierro del Conde Orgaz.



Detalle en la fachada trasera de la catedral.



Multitud de iglesias jalonan la geografía toledana.





Ermita de la Luz.

Escudo imperial de Carlos I.



Emperador Carlos I.



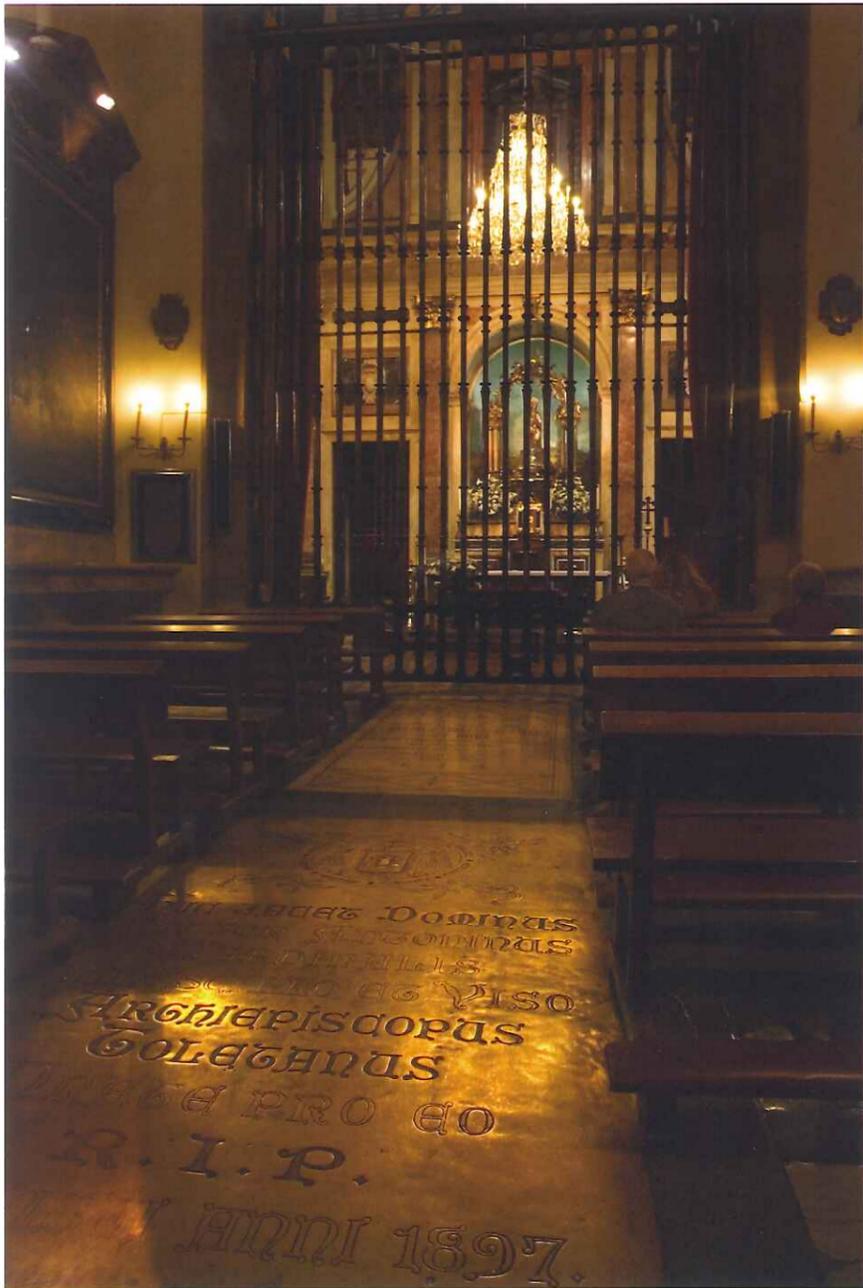
Tormenta sobre T...



Nos dirigimos después por un dédalo de muchos caminos posibles hasta el Palacio del Infante Don Juan Manuel, en el que desde el Siglo XII una comunidad cisterciense ilumina las montañas con la vela encendida de su Conocimiento. Es el convento de Santo Domingo el Antiguo, para el que El Greco realizó el retablo del altar mayor, una de sus obras más importantes. Nos quedan las maderas de oro talladas, como testimonio de la ambición arquitectónica y escultórica del pintor, y algunos lienzos que rezuman genialidad y vida: el resto son copias muertas en su corrección, rastros de sucesivas e inconfesables enajenaciones.

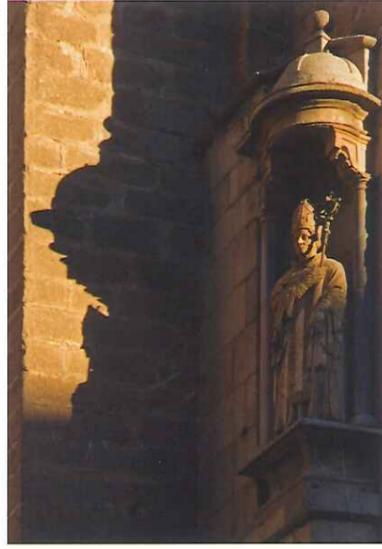
Deshaciendo nuestros pasos entre cobertizos, plazuelas, escalinatas y callejones, nos acercamos a la Capilla de San José, donada por un comerciante judeo converso a la Santa de Ávila, que allí moró, y donde se esconden celosamente tres magníficos retablos de nuestro pintor, incluyendo un cuadro portentoso de San José con el Niño Jesús. Alcanzamos ahora la Catedral, construida sobre los cimientos de la Mezquita Mayor derruida intolerantemente por la Reina Constanza de Borgoña, en contra de la voluntad del ausente Alfonso VI, signo y presagio del más aciago devenir de nuestra historia. Nos adentramos en el infinito y evocador universo del templo, para fijarnos, en la Sacristía, en un Cristo grande, con una imborrable túnica roja, casi bizantino, cuya imponente figura sobrenatural se ha hecho humana al quedar prendida por las sombras de unos soldados romanos. Es un cuadro heterodoxo, el primer encargo que obtuvo El Greco en Toledo, el que le retuvo para tanto.

Interior de la Catedral.



Torre de la catedral.

Detalle en la fachada trasera de la catedral.



En la penumbra de la girola, se abre el óculo del "Transparente" obra de Narciso Tomé (1720). Lo más original, audaz y discutido del barroco.



Fachada de la Catedral.



Capilla de la Descensión en la Catedral.



Santa María la Blanca, sinagoga en que entroncan las influencias almohades con los postulados mudéjares toledanos. El interior es una reducida planta basilical dividida en cinco naves con pilares octogonales que soportan bellísimos arcos de herradura. ◀

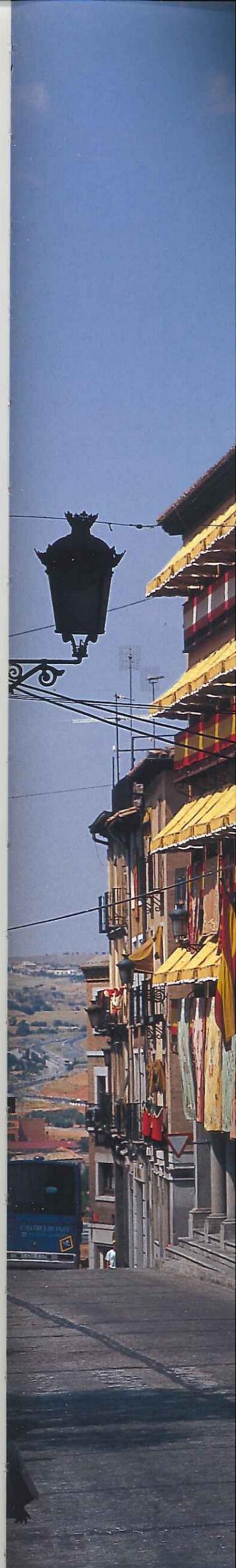
Zocodover: La cercanía del Alcázar, fue la causa de la destrucción total de la parte Este, que cierra la plaza de Zocodover: ▶

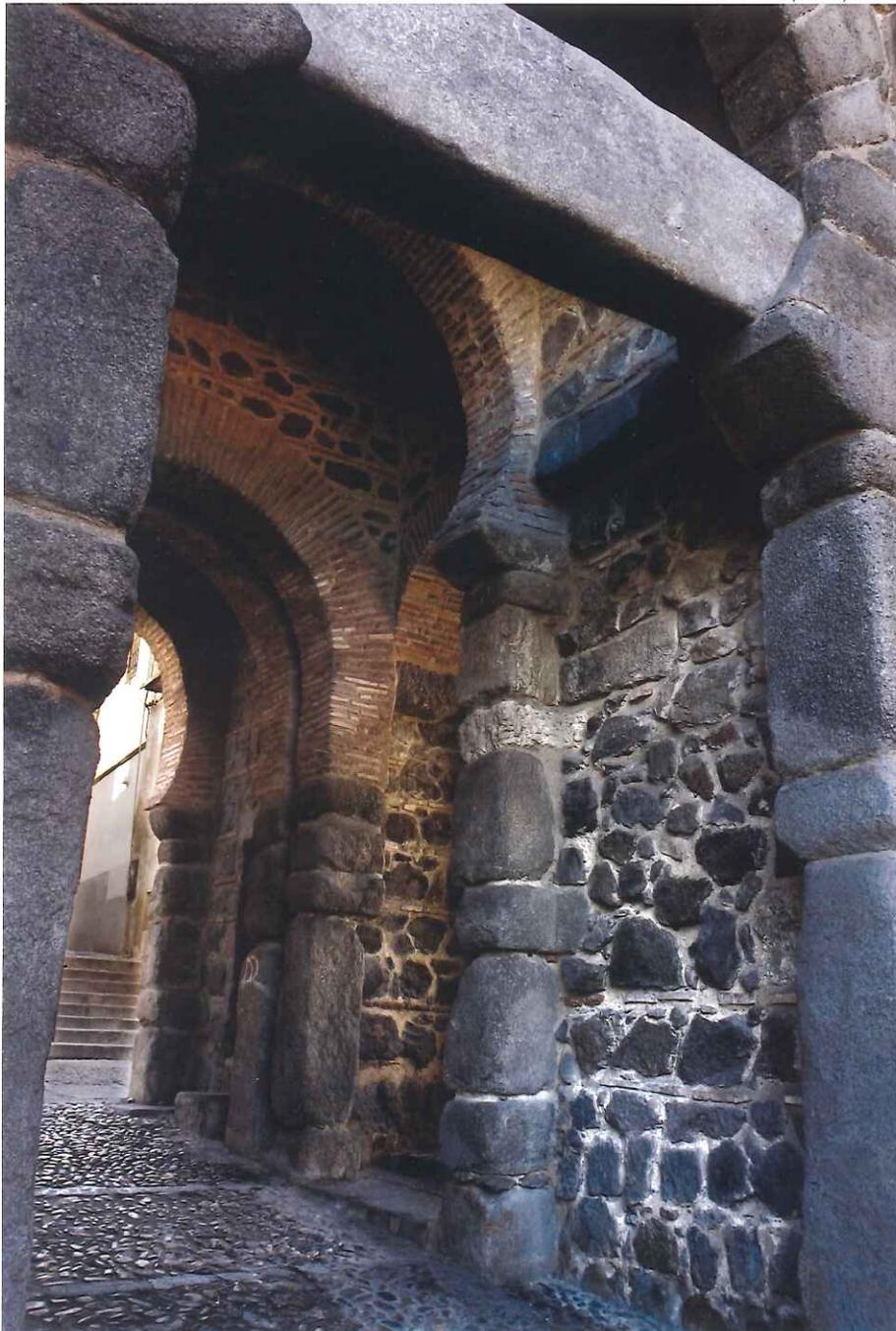
Al tener a los pies una figura masculina, identificada como San Juan, se le conoce a este cuadro como "La visión de San Juan". Pintado hacia 1580-85, tiene reminiscencias italianas.



La jornada llega a su término y aún nos queda una última estación. Por la calle del Hombre de Palo, en la que transitaba aquel sorprendente autómeta de madera que ingenió Juanelo Turriano, y siguiendo por la del Comercio, llegamos a la Plaza de Zocodover, mercado los martes, y todo los días el lugar de los encuentros, y las transacciones y los cafés de la ciudad, para salir por la Puerta de la Sangre hasta el Hospital de la Santa Cruz. Le tengo, junto con la Sinagoga del Tránsito, por el edificio de mayor belleza de Toledo, ayer palacio de los reyes árabes, y luego de Alfonso X el Sabio, hospicio después construido por el Cardenal Mendoza, hoy museo de una heterogénea colección de bienes eclesiásticos de excelso valor artístico y estético. Entre ellos se encuentra uno de los cuadros más fascinantes que existen, la Asunción de El Greco, que culmina arrebatadoramente nuestra experiencia iniciática. Es una sublime visión, que desde un paisaje lleno de simbolismo, que es Toledo en Tierra Santa, y unas rosas que son como las del poeta, nos aspira súbitamente, en un remolino de misticismo y sensualidad, para dejarnos suspendidos en la emoción, muy cerca del misterio.

Todo es elegante y bello. En el Tímpano, ángeles tenantes sostienen el escudo con las cinco llagas de Francisco de Asís.





Como si permaneciéramos en un sueño, observamos cómo El Greco sale al atardecer del laberinto toledano, cruza el Puente de San Martín, y sube trabajosamente la empinada cuesta de San Jerónimo para llegar al Cigarral de su amigo el Canónigo Jerónimo de Miranda, de familia conversa. Le seguimos sigilosos, y nos situamos detrás de las dos figuras que comparten tantas inquietudes y complicidades. Ambos contemplan, en el silencio de las verdaderas amistades, el reflejo de la luz cristalina del ocaso, tornante de oro y fuego, en la silueta próxima de Toledo, mientras las suaves plateadas de olivos se cubren de sombra. La ciudad desnuda se ofrece entonces íntegra a su mirada, comprensible en su misterio, abandonada a la pasión cumplida que renace, como en los buenos amores, con el mito del regreso.

Gregorio Marañón y Bertrán de Lis